

¡Tú y yo transformados!

Evelyn Carolina Mora Sandoval*

“La utopía está en el horizonte.
Me acerco dos pasos y ella se aleja dos pasos.
Camino diez pasos y ella se corre diez pasos
más allá.
Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré.
¿Para qué sirve la utopía? Para eso... para
caminar.”⁵

En nuestra capital se juntan y relacionan algunas de las más preocupantes problemáticas sociales existentes: desplazamiento forzado, violencia, conflicto armado, mendicidad, maltrato, etc., que repercuten de manera significativa en los factores cognitivos y socio-afectivos de los sujetos que la habitan, generando con esto nuevas dinámicas de vida y la necesidad de asumir una posición crítica frente a la realidad que nos “*toca*” vivir.

En este sentido, el contexto social no es ajeno a la percepción de la realidad en el niño, la niña y el joven, y se hace evidente también en el grado de vinculación que éstos hacen en el contexto educativo; lleva a los sujetos a ver este espacio no como uno de los lugares privilegiados para el desarrollo de las capacidades, sino como una jaula en la que se coartan todas las formas de expresión.

Sin embargo, no me voy a quedar en señalar sólo lo malo de la escuela –sobre todo porque hago parte de ella– sino en analizar mi papel en ella. El papel del docente (y de todas las personas que rodean a los niños y los jóvenes) debe ser aquel que lo guíe en el descubrimiento y desarrollo de sus capacidades, reforzando la imagen de



sí mismo y transformando experiencias frustrantes o negativas en oportunidades de aprendizaje personal, tomando distancia de acciones que puedan intervenir negativamente en su desarrollo integral.

No obstante, sé que esto no es una tarea fácil, sobre todo en un contexto de aula de aceleración, donde reinan la heterogeneidad, en edades y problemáticas, donde –por suerte– no hay homogeneidad en el pensamiento, y donde no hay una conciencia por parte de la administración de las verdaderas necesidades de este tipo de población.

Lo primero que hay que hacer es ver al niño y al joven como seres cuyo desenvolvimiento depende en gran medida de la calidad de las relaciones que les ofrecen los adultos responsables de su crianza y educación; se requiere que las personas que los rodean en estos ámbitos sean capaces de brindarles amor y los cuidados que necesita. Entonces, es un trabajo que requiere un verdadero compromiso y una gran responsabilidad.

Entre tanto, es un proceso que debe mejorar los procesos comunicacionales, ya que, retomando a Gutiérrez, “...*la comunicación hace posible la actualización y el enriquecimiento del hombre; es la que le da*



*sentido a la vida humana. Pero para que esto sea posible, se necesita la comunicación con el otro, pues de esta manera, las personas -con todas sus dimensiones y facultades- logran su pleno desarrollo”*⁶. Por medio del buen desarrollo de la comunicación, el sujeto se construye a sí mismo y contribuye a incrementar y a promover la riqueza cultural de su grupo.

En relación con lo anterior, la educación –como proceso social– es necesariamente intersubjetiva; esto supone la urgencia de crear e intensificar redes de comunicación lo suficientemente flexibles de modo que todos los agentes del proceso educativo-cultural expresen su propio pensamiento y se ayuden conjuntamente. Se trata de crear buenas –y sinceras– relaciones entre niños y niños, maestro y niños, maestro y maestro y, en nuestro caso, vivencialista y niño, maestro titular y vivencialista, vivencialista y vivencialista, de manera que no se trabaje aisladamente, sino que entre todos se construyan dinámicas que ayuden al aprendizaje sin necesidad de pasar unos por encima de otros y rescatando lo que realmente importa: el bienestar y la satisfacción de todos los que participamos en el proceso, aceptando los aspectos que, como humanos, nos hacen diferentes los unos de los otros.

Ahora bien, el afecto es determinante principal de la personalidad del niño y de su desenvolvimiento en la vida futura; me atrevería incluso a afirmar

que sin este factor no es posible –o se dificulta– el afianzamiento y desarrollo de herramientas sociales y cognitivas. *“Desde antes del nacimiento se inicia una relación entre la madre y el niño. Dicho vínculo se empieza a formar cuando la madre percibe los movimientos del bebé”*⁷. Sin embargo, hay ocasiones en que este vínculo se ve truncado por múltiples circunstancias, como condiciones económicas, sociales y familiares, sentimientos de rechazo o abandono y características de la personalidad de la mujer, que a veces no le permiten aceptar su maternidad. Esta situación la vivencí en la práctica formativa⁸, con el caso de un niño de 12 años, a quien su madre rechazó desde que estaba en su vientre; para el niño esto ha sido muy difícil, en este momento vive con su abuelita (quien lo quiere mucho) y sus tíos (quienes no lo soportan en la casa); además, la profesora a veces lo hace sentir mal con sus comentarios.

El trabajo con este niño tuvo que partir primero de comprender el porqué de su comportamiento (agresividad, inseguridad) y después acercarme a él de una manera amigable y respetando su espacio. Se trataba de entablar una relación en la que él pudiera expresar lo que pensaba y lo que sentía de una manera libre y espontánea; también privilegiar el diálogo respetuoso y amoroso, para que él sintiera que esto era más comfortable que los gritos y el maltrato físico. Por medio de todo esto logré que el niño encontrara nuevas y más viables maneras de comunicarse con el mundo exterior, de tal forma que desarrollara su confianza y seguridad en sí mismo frente a los demás. En síntesis, el objetivo era que a pesar de las dificultades él comprendiera que es importante para muchos, que pertenece a un grupo y que puede realizarse a sí mismo sin necesidad de pisotear a otros.

Además, fue un proceso en el que me enriquecí en muchos aspectos (personal, profesional, social, etc.), pues me permitió ser más sensible frente a lo que pasa en la realidad, pero lo más importante es que constantemente existe la conciencia de que lo que uno haga o deje de hacer con un niño

⁶ Gutiérrez Pérez, Francisco. Pedagogía de la comunicación en la educación popular. Madrid, Popular, 1993, p. 72.

⁷ Gómez Rojas, Hernando. Cómo ser vigía de salud. Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, p. 86.

⁸ Instituto Educativo Distrital Usminia Lorenzo Alcantuz. Aula de Primeras Letras. Bogotá, 2006-I.

va a quedar en su interior muy marcado; y el verdadero compromiso está en lograr que después que uno no esté a su lado, él tenga la posibilidad de seguir adelante solo. Como dice Rodó: *"Se puede enseñar al estudiante una lección para un día, pero si logramos despertar su curiosidad (...) seguirá aprendiendo durante toda la vida"*⁹.

Por otra parte, en cuanto a la lectura y la escritura, creo que en todos los estudiantes hubo un avance significativo y, lo más importante es que los niños, niñas y jóvenes ya tienen un lenguaje estructurado que hace parte de su identidad. En este sentido, lo más importante fue constatar que leer no es solamente decodificar, sino interpretar también el significado de las situaciones que se nos presentan en el diario vivir, y que escribir es más que combinar coherentemente las palabras, es construir y reconstruir dichas situaciones, donde las grafías sólo son un instrumento. Estos procesos implican poner a toda máquina los saberes y operaciones intelectuales, mediados siempre por un desarrollo social y afectivo bien estructurado.

En conclusión, lo fundamental es tomar como punto de partida la cotidianidad, pues no se puede desechar lo que cada sujeto construye día tras día. Paralelo a esto, es imprescindible la oralidad que cada niño, debido a que gracias a esta facultad *"...puede interactuar con relativo éxito en distintos contextos de comunicación, y ha aprendido en forma espontánea algunas de las normas que rigen los usos de la lengua oral habituales en su entorno familiar y social"*¹⁰.

Para finalizar, quise comenzar este documento con una cita que habla acerca de la utopía y, seguramente, el que lea esto se preguntará por qué. Pues es muy sencillo, a veces se piensa que el ideal de una verdadera educación que respete la diversidad, los tiempos, los gustos, los intereses, las necesidades está muy lejos de alcanzarse; desde mi vivencia, yo podría decir que algo de esto es cierto, pero también que el aporte



que cada uno de nosotros haga es imborrable para la transformación de nuestra educación; no es un camino corto, y lo importante es toda esa riqueza que podamos encontrar en él, para así mismo adquirir nuevas y mejores herramientas a favor de las infancias.

Creo que nunca acabaría de escribir lo que suscitó en mí esta experiencia de vivir la verdadera escuela, de las transformaciones que tuvimos los niños, los jóvenes, la maestra titular y yo misma, y de encontrar fortalezas y debilidades educativas; pero me queda la certeza de que mientras no se dé un reconocimiento especial a lo que significa ser niño, será difícil encontrar puntos razonables para actuar frente a ellos. Y por último, me gustaría dejar una reflexión acerca de cómo se está viendo la integración en la escuela, ¿no es en realidad una exclusión dentro de la misma inclusión? Pues el aula de aceleración funciona en la planta física del colegio, pero no está integrada a todas las dinámicas escolares

⁹ Rodó, José. Tomado de: Molano, Martha y Oramas, Claudia. Máximas docentes. Selección, presentación y notas. Cooperativa Editorial Magisterio. Bogotá, 2003, p. 16.

¹⁰ Rodríguez, María Helena. Lectura y vida. Washington, D.C., OEA, 1994.